

## Para robar un banco (o una joyería)

En *Plata quemada*, Ricardo Piglia cita una frase famosa (famosa porque la ha citado Piglia) de Bertolt Brecht: “¿Qué es robar un banco comparado con fundarlo?”. La tesis de la novela es, claro, que la puesta en circulación de dinero, su acumulación y multiplicación financiera es bastante peor que retirar ese mismo dinero de la circulación “legal”.

Habría que reflexionar sobre las modalidades en que puede narrarse ese retiro. Resulta sorprendente, por ejemplo, que el modo privilegiado en que se han narrado los robos a bancos recurra a los motivos del encierro. En efecto, de *Tarde de perros* (1975) a *Un golpe perfecto* (2006) contar el robo a un banco es contar un sitio: los asaltantes pretenden salir y la policía pretende entrar. Esta clausura define el modo de representación de los robos “institucionales” (bancos o joyerías, trabajos profesionales, grandes golpes) aun si el robo es exitoso y los criminales evaden a la policía.

En *La jungla de asfalto* (1951) o *Fuego contra fuego* (1995) o, incluso, *Plata quemada* (libro, 1997, y película, 2000) o *30 minutos or less* (2011), aun si el robo es exitoso, el modo de su relato es el de la claustrofobia, ya sea porque el encierro del banco se desplaza a otro espacio (*Plata quemada*) o porque la clausura espacial se desplaza al tiempo (en *30 minutos or less* el protagonista tiene 12 horas para robar un banco). En otros casos, como *La jungla...* o *Fuego contra fuego*, las consecuencias del robo son presentadas como un mecanismo fatal, del que parece imposible escapar.

Esa fatalidad es, claro, característica de ciertos modos narrativos, en particular del cine negro. Y sin embargo, casi podría decirse que las películas de robo se presentan

como una depuración de la paranoia que caracteriza al thriller o al cine negro en general. En efecto, los robos a bancos parecen transformar todo detalle caracterológico en parte de una ecuación: se trata de ver quién de los perpetradores va a traicionar a los otros bajo presión (o por un amor excesivo, o por un tic nervioso). Todo sucede, pues, como si en los films de robos, la psicología se subordinara al peso del crimen, como si antes que justificar el crimen (un rasgo característico de múltiples thrillers, desde *Vértigo* hasta *El silencio de los inocentes*) la psicología fuera un efecto no deseado del crimen, como si la tarea imposible, titánica, que se propusieran los atracadores fuera dejar de ser, desaparecer como sujetos en el momento del robo. Por eso, el epítome de la estilización del robo, *El círculo rojo* (1970), contiene una escena de veinticinco minutos en la que no se escucha diálogo: como si Melville, el director, hubiera comprendido la íntima relación entre el robo y la voluntad de desaparecer. Y por eso, su contracara barroca es *Perros de la calle* (1992), en la que el robo está ausente, la clausura es doble (temporal y espacial) y los personajes no dejan de hablar. Casi como si de aquella causa muda derivara esta exuberancia verbal.

De manera tal que si se roba un banco no se elige sólo un objeto, se elige un conjunto de recursos y esos recursos (la clausura espacial y temporal, la fatalidad, la tensión entre carácter y acción) señalan tal vez que la ficción del crimen, en su estado más depurado, es un estudio sobre la futilidad de nuestro pobre individualismo, de nuestros planes y nuestras coartadas.

Ezequiel DE ROSSO

## Mi vida Americana

“voy en un porsche  
despacio  
a través de los suburbios de  
Atlantic City”

Alejandro Schmidt

Me encanta manejar un *Porsche* negro, brillante, a más de ciento veinte *ka eme* por hora, y reventar algún vidrio retrovisor de cualquier auto. A esa altura de la *carretera* y con la velocidad que esto provoca, ninguno de los que me esquivan vale la pena. Y mientras manejo tarareo una canción, la que entre en mi cabeza ese día. Hoy me levanté pensando en *John Lennon*, de *Los Beatles*. *Crazy*. No sé porqué pensé en él. Y eso que lo escuché poco, lo suficiente para darme cuenta que no da. Que ya fue. Ahora que prendo un *cigarro* me sorprende saber que el vendedor del *Porsche* también se llama *John*.

Me gusta sentir cómo tengo que maniobrar el taco alto en el acelerador. Es como un cálculo íntimo, cualquier desplazamiento sería un acto de torpeza o de cobardía. Tiene que ser tan exacto para que permita seguir aumentando los *ka eme*. Este llega a la velocidad máxima de doscientos setenta y nueve *John!*

Qué buen empleado es este tipo. Me hubiera arrepentido toda mi *life* si no lo hubiera llevado conmigo en este *Cayman*. “La actitud concreta que impulsa, la aspiración de ser fiel a sí mismo”. Uah! Cuando John lo dijo mientras yo rozaba el modelo de color negro me decidí. Le dije que sí, que quería subir a esa máquina y sentir ese impulso en mí.

Se debería prohibir escuchar música en este *coche*. Quiero el ruido del viento. Igual los gritos del tipo en el baúl que entró a fuerza de pistola no me molestan, sólo los escucho si decido frenar en un semáforo en rojo, cosa que hace más de cuarenta minutos que no hago. Es un reto. Prolongar la frenada. Pasar todos los semáforos, y si es en hora pico, *the best*. La última vez alcancé a frenar a los veinticinco minutos. Por ahora estoy zafando, veo que hasta los coches policiales le tienen miedo a un *Porsche* que anda ahora a ciento sesenta *ka eme*, ¿me escuchaste *John*? A pesar de aumentar la velocidad cruzo gente pobre que maneja *carrromatos* con cartones y basura. Voy a frenar. Esta ciudad no es *Atlantic City baby*. Hay *people* que está fuera del decorado cuando una maneja un *Porsche*.

Laura GIBILARO

## Algunos de los caminos recorridos en búsqueda del texto perfecto (que por alguna extraña razón no quiere revelarse)

Comenzaré estas líneas con un pedido de disculpas por mi ausencia, pero fue por motivos literarios. La mayor parte de mi texto fue escrito en su forma definitiva hace ya varios meses. Sin embargo el final, el cierre, la terminación, el último aliento, la última frase, no quiere aparecer. Algunos podrán pensar que no es excusa, pero les pido que así como yo respeto que elijan el camino de la literatura pasatista y mediocre, ustedes respeten mi elección. Creo que es buena la diversidad y que poblar la revista de mediocridad es bueno, siempre y cuando existamos personas como yo que nos tomamos esto en serio, aunque sea por el sendero mas difícil.

Durante los primeros días posteriores a haber escrito la primera parte del texto, pensé que el final vendría rápidamente. Como defensora del pensamiento paralelo, supuse que la frase se me revelaría mientras hacía la cola del supermercado, cambiaba la tierra a mis plantitas y me entregaba al sexo salvaje con cualquier desconocido que pudiera conocer en algún bar de motociclistas. Pero, dado que no soy Dr. House, eso no pasó. Con las compras para el resto del año adelantadas, el jardín renovado y un amargo sabor de boca que no puedo sacarme, decidí tomar medidas mas drásticas. Me entregué de lleno a la meditación en sus más diversas variantes. Moví influencias, tramité mi visa y me fui para el Tibet. Me recibió el Maestro Tun-Fen Ho y luego de doce días de ayuno y meditación conseguí conectarme con el final. Se me reveló como una frase dicha al pasar, lejana, no muy bien pronunciada. La dicción de mi budeidad dejaba bastante que desear. Consulté con el Maestro si eso era normal, pero no me dijo nada (de hecho, nadie en el templo jamás me dijo nada durante el tiempo que viví ahí). Desde mi punto de vista, eso fue una señal. Agarré mi mochila y me volví al país. En el avión decidí agregar la frase al resto del texto. Pero cuando leí lo que creía que era la obra completa noté que el final no empalmaba tan bien como me había parecido durante mi trance. Tal vez la falta de alimentos, el hecho de estar meditando en un patio gigante a diez grados bajo cero o mi estado de profundo trance distorsionaron mi percepción de la realidad. Como fuere, la frase “yo no he venido a ser Presidenta de la República para convertirme en gendarme de la rentabilidad de los empresarios; que se olviden” no tenía nada que ver con el resto del texto. A lo mejor en mi afán por conectarme con el final, hice más énfasis en “él” que en “final”, y de ahí vino la confusión.

Como sea, nuevamente pido disculpas, y les prometo que, ni bien consiga curarme estos hongos, volveré a los bares de motociclistas en busca de un final.

Mariano QUINTERO

## Los viejos reproductores abandonados

Una noche uno de ellos entendió, así le dijo a otros, que eran los restos de aquellas correrías de infidelidades – podría decir Baigorria – que los había alejado del hogar; lejos de los hijos y con alguna mujer perdida que había empezado otra vida con gimnasio y nuevo hombre. Mujeres dispuestas a prolongar al infinito la edad de merecer, con la ayuda solidaria de la cirugía estética y la buena alimentación.

Alguno respondió que no había que exagerar, que cada uno de ellos después de cansarse de aquellas correrías se había concentrado en la creación de unas condiciones de vida saludable y sin tanto rebusque. Claro que quien era atrapado por el geriátrico no volvía. El llamado de rigor en estos casos recibía la noticia, dada por algún hijo ya casado, de que el viejo se había cansado de vivir. Eufemismo para decir que ya no estaba entre nosotros.

Cuando el bar se negó a permanecer como les gustaba y parecía desfallecer, uno de ellos conocido con el sobrenombre de Pasaje Abierto – porque nunca ponía fecha de retorno a sus viajes, para no perderse ningún regalo del azar – dijo que en la avenida Córdoba se había formado el Club de los viejos Baby. Paraban en un bar de Pueyrredón para arriba, no muy lejos, en un bar en la esquina de una plaza. Eran unos viejos nabos, pero la pasaban bien. Se conocieron en la plaza, cada uno estaba solo, y se fueron agrupando por simpatía a una mujer que los atendía cuando iban a tomar café. Al hablar de ella recordaban su juventud.

Uno, según dicen, llamó a la simpática y le dijo traeme un café, Baby. Ella rió y dijo como quieras Baby. Los demás quedaron arrobados.

El rumor de que la simpática aprendía natación para flexibilizar la línea y agregar al encanto de su risa, hizo que sin palabras se inscribieran en un club de natación y rondaran la piscina con el pretexto de que esperaban sus respectivos certificados médicos para empezar a nadar. Y un día la vieron y quedaron en silencio, admirados por la mujer que pasaba frente a ellos y con una sonrisa decía “qué tal mis Baby, ¿me extrañaban?”.

Los viejos reproductores no creían en tanta felicidad. Un reproductor incrédulo comentó que además de nabos eran unos viejos pajertos. Otro, con ganas de cambiar de rutina, anduvo averiguando por la avenida Córdoba. Volvió con una mala noticia. Habían derrumbado el edificio, donde estuvo el bar quedaba un pozo y unas máquinas trabajaban. Una vecina le dijo que mejor que demolieron ese bar, porque paraban unos viejos verdes que pasaban horas molestando con miradas libidinosas a una chica que los atendía. Eran unos viejos asquerosos, dijo la señora.

Germán GARCÍA



## El viejo en el recuerdo

Se olvida de todo el viejo: de tomar las pastillas, de cambiarse la ropa, del nombre de sus hijos, de sus nietos. No se acuerda de mí, su sobrina favorita, mucho menos de mis hermanos. Y es una pena, tantos años vividos, tantas experiencias, tantas tristezas y alegrías, tanto lo dicho y lo callado... ¿para qué? Plaf, todo fue a parar al tacho de basura, o peor: a la nada fue a parar. Porque aunque me haya contado cosas, lo que queda son las cosas que no son las que pasaron, ni siquiera son su recuerdo: lo que queda es lo que eligió decir, las mentiras que dijo, lo que prefirió ni contar, lo que no quiso que yo recuerde jamás. No queda nada pero el viejo está todavía. Aunque ya nadie se acuerda de él. Tal vez es al revés: primero a uno lo olvidan, luego se olvida uno de todo. Algo de la memoria que cada uno conserva debe tener que ver con el recuerdo que suscite en los demás, suena lógico, equilibrado.

Entré a la habitación del viejo y me miró con esos ojos antes azules y ahora celestes, casi blancos de tan lavados. Lavada su mirada, vacía sin recuerdos. No dijo mi nombre, no sonrió ni se enojó. Tampoco lloró. Un hielo los ojos. ¿Qué te pasa tío? Vine a hablarte, vine a terminar la charla que empezamos ¿hace cuánto? Hace cincuenta y tantos años, si yo era una nena. Y vos me decías cosas que no entendía, me murmurabas cosas, que no entendía o que no me acuerdo. Hasta ahí habíamos llegado en la charla, recordando (tratando de recordar), y ahora resulta que no sabés quién soy. Te olvidaste, nunca fue más conveniente el olvido. ¿En serio no sabés quién soy? ¿Y vos? ¿Quién sos vos? ¿El de los ojos azules, profundos, que me dice cosas y traga saliva, el que da miedo? ¿O sos este de ojos blancos que nadie recuerda, que no existe más, que huele a pis? Yo también tengo la mirada lavada. Los años les quitan brillo a los tíos y a las sobrinas. A los ojos y a la memoria. No te acordás de nada, me decís, pero no importa, yo vengo y voy a volver, nomás por si acaso, nomás por si de repente algo -un olor, un sonido- te trae a la mente algún recuerdo que te duela, que te acompañe ahora que estás solo, que te mate en soledad.

Yanina BOUCHE

## La dimensión estética del repositor de supermercado

*Uno de los asistentes comentó hace pocos días: "los rostros de los billetes de cien y de cinco no pueden enfrentarse entre sí porque ello trae problemas ideológicos, además, la escala cromática se vuelve caótica... ¿dónde irían los de dos?"*

No ha pasado poco tiempo desde que el gran pensador islámico Roseisel Zoquede, expusiera ante un grupo heterogéneo sobre las capacidades diferenciadas del artista y el crítico. Allí, el experto informó al auditorio acerca de la ardua tarea del comentarista de arte, la que esencialmente consiste en realizar genealogías, series, agrupamientos, de acuerdo con un criterio que debe ser explícito y evidente. A pesar de un enfrentamiento con otros expertos en el área del arte, occidentales ellos, que defendían la espontaneidad de ambas tareas, el crítico logró hacer trascender algunas de sus reflexiones.

Tanto es así, que la idea de la genealogía con un criterio exhibido persigue ahora a los asistentes, los que se ven obligados una y otra vez a exponer los criterios más cotidianos de sus vidas. Uno de los asistentes comentó hace pocos días: "los rostros de los billetes de cien y de cinco no pueden enfrentarse entre sí porque ello trae problemas ideológicos, además, la escala cromática se vuelve caótica... ¿dónde irían los de dos? No atender a esa organización deja el monedero en una situación de virtual caos". Otro de los asistentes afirmó: "es necesario quitar el florero de la mesa al momento de la cena, no sólo porque impide

*Porque aunque me haya contado cosas, lo que queda son las cosas que me contó que no son las que pasaron, ni siquiera son su recuerdo: lo que queda es lo que eligió decir, las mentiras que dijo, lo que prefirió ni contar, lo que no quiso que yo recuerde jamás. No queda nada pero el viejo está todavía.*

la visión de los comensales (los que deben estar organizados de manera equidistante) y ocupa espacio necesario para la fuente, sino porque el aroma floral no combina, necesariamente, con el del vino".

Evidentemente, la crítica no es una tarea de expertos, el otro día alguien se topó en el súper con un muchacho que de manera rítmica ubicaba latas en una góndola. Al ser consultado acerca de por qué ponía las de la primera hilera con el nombre de la marca al frente, y las de la segunda con la foto del producto mirando al paseante respondió que esta disposición permitía que se identificaran en todo su esplendor las cualidades de la lata, que tenía un diseño de ensueño y merecía ser expuesta y disfrutada como tal. Además agregó que pensaba poner en los siguientes estantes las latas que fueran de colores complementarios. "Ahora tocan las azules, arriba las anaranjadas. En frente, serán verdes y rojas...".

Roseisel Zoquede había encontrado algo, la tarea del crítico está subvalorada, pero la del artista también. Ambos son, muchas veces, actores intersticiales de la vida cotidiana.

Mónica KIRCHHEIMER

Observando la disposición de los chicles en la línea de caja.

Año VI - Diciembre 2011 - Número 65  
Muestra gratis

*- Bueno, ¿cómo te llamas?  
- Odradek- dice él.  
- ¿Y dónde vives?  
- Domicilio desconocido - dice, y ríe; claro que es la risa de alguien que no tiene pulmones. Suena más o menos como el susurro de las hojas caídas.*

Franz Kafka

## Es tarde

*En la última hora ha sacado su reloj cadena insistentemente, no siempre para medir el tiempo; a veces sólo asomaba su cara ancha, que no entraba toda en la esfera, sólo para preguntarle sin palabras alguna cosa a un cierto pasado.*

Es tarde cuando los pies del músico quedan envueltos por un viento de polvo, redondo y caliente, que emerge de las ruedas del tren frenando en la terminal.

En la última hora ha sacado su reloj cadena insistentemente, no siempre para medir el tiempo; a veces sólo asomaba su cara ancha, que no entraba toda en la esfera, sólo para preguntarle sin palabras alguna cosa a un cierto pasado. No ha recibido respuesta todavía, sin embargo calcula que tendrá alguna noticia si desvía la mirada hacia el borde del cuadrante, bruñido reseco que reproduce fragmentos desplegados de un vagón, de otro, ensamblajes que colisionan por última vez, robustos y lentos, dos o tres escalones de hierro indeciso. El globo polvoriento cede, se esconde de nuevo en las vías. Una mujer descende, sus pasos se demoran también.

El músico se oye diciéndole qué hacés, vestido verde. Su voz es joven, pero es una voz anterior, de unos cuantos años atrás. De cuando no le importó susurrarle si te molesta, decime, y el brillo de un ojo negro de rímel abarrotado le escupió la idea. Yo me encargo, te dije -dice él- ¿a qué hora sale del

sucucho? A veces me da como un escalofrío de pensarlo, le dice ella, ¿y si no sale? Dejame a mí, pero vos borrate por unos días. Lo que puedas y más. Ahora el músico tiene el bigote entrecano, desdibujado, le falta el retoque de barniz espeso que le sobra en las manos después de pasarse la tintura por los escasos pelos de la cabeza. Eso lo hace a la noche, a la tardecita, cuando se prepara para ir a tocar. No sabe o no recuerda o no puede explicarse por qué no se animó aquella noche. Lo vio ahí, al hombre del bar, comiéndose con los ojos la basura de las calles, excitado por las ruinas de las almas que andan desnudas soplando barbaridades. Le pareció más flaco o más dejado que cuando la colorada le metió la idea de que la andaba acosando, que ya no podía trabajar en paz. Ventajero, te hacés el piola porque la ves sola. Te voy a enseñar un par de cosas, no ves que se está ganando la vida. Infeliz. Cara de infeliz. Todo un infeliz que apenas duerme por lavar la mugre de los otros. Y tanteó la vaina repujada a través de la tafeta del bolsillo.

Nora MARTÍNEZ

## Una pequeña gota de aceite

Encontré una pequeña gota de aceite en el piso de cemento del garage de mi casa. Tenía la forma de la provincia de Buenos Aires, y digamos que a la altura de Olavarría, más o menos, un reflejo formaba la imagen exacta de una ciudad con decenas de edificios altos, en uno de los cuales había varias ventanas iluminadas. La cuarta empezando desde arriba a la izquierda, además de estar iluminada, estaba abierta, de tal manera que desde el exterior se veía un living con dos sillones individuales y un sofá de tres cuerpos rodeando una mesa ratona de madera. Sobre la mesa ratona se hallaban varios objetos pequeños, acaso recuerdos de viajes, que no vale la pena describir. Al fondo de ese ambiente había un comedor, con una mesa rectangular cubierta por un mantel blanco con flores bordadas que podían ser amapolas o geranios y seis sillas, dos en cada costado y una en cada cabecera. El comedor era amplio, con un mueble vajillero contra una pared y un cuadro pequeño que mostraba un paisaje campero en la otra. Al fondo del comedor se distinguía claramente la puerta que daba a la habitación matrimonial donde enfrentando a la cama de dos plazas deshecha, con el cubrecamas hecho un bollo tirado en el suelo y las sábanas de colores retorcidas, había un televisor plano, tipo plasma de treinta y dos pulgadas colgado en la pared. En la pantalla estaban dando una serie americana, de esas en que un grupo de investigadores se encarga de resolver crímenes horrendos. En ese capítulo en particular, que yo ya había visto, un hombre de mediana edad que circula en una moto de baja cilindrada pone en jaque al equipo de forenses pues en cada asesinato que comete siembra pistas falsas que confunden a los protagonistas de la serie. Casi llegando al final del capítulo, después de un anuncio de galletitas sin sal, todo se resuelve de forma inverosímil. La motocicleta del malo deja una casi imperceptible gota de aceite. De los análisis de la gota de aceite surge la evidencia contundente que desenmascara sin el menor margen de error al criminal.

*Tenía la forma de la provincia de Buenos Aires, y digamos que a la altura de Olavarría, más o menos, un reflejo formaba la imagen exacta de una ciudad con decenas de edificios altos, en uno de los cuales había varias ventanas iluminadas.*

Roberto GÁRRIZ